

LUIS CARLOS RESTREPO R.
Médico psiquiatra, Magister en Filosofía

LOS SIGNOS DEL EXTRAVÍO

Retos del pensamiento en Colombia

Catarsis para expurgar el bien

En medio de un desborde sangriento que arrasa, de un solo tajo, con la vida de letrados y analfabetos, de niños, dirigentes o simples empleados, no podemos soslayar la presencia de complejas redes de actitudes y símbolos que atizan el fuego de la intolerancia, volviéndonos ineptos para dialogar con la diferencia. Estos símbolos nos poseen, hablando a través de nuestros cuerpos mientras se alimentan de una milenaria tradición cultural, dificultando cualquier reflexión que pretenda dar cuenta de la manera como se insertan en nuestras vidas.

Las ideas se sustraen, como si atrapadas en un torbellino de afectos no lograran acceder a los escenarios del pensamiento. Por aparecer como el sin-sentido de la voluntad, la violencia se presenta como abismo abierto en el fondo de los mundos, al que solo podemos acceder si nos permitimos una travesía diferente a la sugerida por el iluminismo cartesiano: Atento al desprendimiento y a la embriaguez¹, el sujeto que pretende pensar sobre la violencia debe empezar por rechazar los dictados de la buena conciencia, acosándose y desprendiéndose de las representaciones conocidas para ponerse a sí mismo en juego como fuerza que se desplaza entre los objetos y los cuerpos.

Sacrificada la sustancia interior que nos obliga a militar en las toldas del bien, estamos listos para que aparezca la fisura. Emerge ahora el sujeto como lugar inacabado, entendiéndose el parentesco que hay entre un yo que se enuncia de manera dogmática y la experiencia de quien se emborracha produciendo a su alrededor la muerte. Ambos pretenden negar la fragilidad, animados por el deseo de sanar para siempre la herida, de clausurar ese punto vulnerable que nos impide totalizar la vida humana, así sea en nombre de Dios. La

1. BATAILLE, G. "La experiencia interior", *El aleluya*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.

imagen de Dios o la invocación idealizada del amor aparecen como la otra cara de ese horror a la fragmentación que quisiéramos negar con todas nuestras fuerzas, pero que irrumpe en cada encuentro cuando buscamos con avidez la herida ajena para beber en silencio la amalgama interpersonal que nos permite seguir el viaje juntos a pesar del mutuo desconocimiento.

El vino del furor

No hay nada más insulso que afirmar tajantes nuestra apuesta por la vida, sin tener en cuenta que nuestros deseos nacen de un terreno ambiguo donde se confunden los gestos de quienes ejercitan la guerra con los de aquellos que proclaman la convivencia. No se trata de dividir el mundo en buenos y malos, para repetir en nombre del orden el guión de las películas de pistoleros que polarizan las emociones del espectador para que descargue sin culpa su agresión sobre el criminal desalmado. La creencia en una bondad innata de la naturaleza humana no puede convertirse en ilusión que nos impida reconocer la realidad, ni en conjuro que niegue la fuerza que tienen las fantasías destructivas que los seres humanos materializan cada vez que encuentran los medios propicios para hacerlo.

No tenemos ninguna necesidad de negar la vergüenza y la fragilidad del justo, ni de minimizar la tentación del éxtasis y el extravío. Nuestro accionar y concepción del mundo siguen mediados por la fascinación que produce la fuerza desbordada como método para explorar los terrenos de la transgresión. ¿Qué sentido tiene ocultar la exasperación que nos produce la existencia de una realidad que no logramos controlar? ¿Para qué ol-

vidar que la máscara de la bondad nos sirve para diferir la angustia de la muerte y el aniquilamiento? ¿No basta con saber que mientras el deseo nos desgarrar preferimos la ternura? ¿No es suficiente anhelar un rostro amable que no pierda su inocencia por saber del mal que nos mancilla? ¿Para qué apoltro-narnos en la verdad –que es otra herida– si apenas alcanzan nuestras fuerzas para señalar horizontes preferibles?

No pretendemos negar que más allá de nuestra voluntad la violencia se encuentra en el núcleo de la eficacia social, pues ganamos mucho más reconociendo esa realidad y orientando nuestros esfuerzos a modificar las motivaciones que la hacen apetecible. Es el nuestro un recurso de acrobacia simbólica para pensar carnalmente la impotencia que nos asfixia. Haciendo de la embriaguez un instrumento de la inteligencia, buscamos el aspecto nocturno de nuestros actos, sin olvidar que entramos en un terreno resbaloso, pues la motivación que nos acerca a coquetear con los signos de la tierra nos anuncia también que podemos quedar paralizados y poseídos por una trivial estolidez.

Pero insistimos en que nuestro discurso lleve viva la impronta del hecho singular que lo suscita. No queremos amamantar ideas que ocasionen aplausos apresurados o pasajeras turbulencias. Anhelamos más bien inducir una apertura hacia una nueva sensibilidad, hacia una nueva eufonía que en vez de cimentar opiniones tenga agudeza suficiente para disociar ideas prematuramente fusionadas. Abiertos a una escena dual

donde reinan la risa y la muerte, sabemos que sólo es palpable la realidad que se nos presenta como cruce de contrastes, donde existen a la vez la sutileza y la crueldad, la tragedia y la risotada. Que sólo vive con intensidad quien puede reír con su propia muerte.

Pero, ¿Qué hacer cuando la muerte se muestra enemiga de la risa? ¿Cuando se presenta bajo la forma de entumecimiento colectivo y de infinita estupidez del pensamiento? ¿Cuándo la opacidad común de la masacre nos impide captar los signos de la mutación y la diferencia? ¿Cómo pensar la existencia fragmentada y mutilada sin dejarnos invadir por un opresivo sentimiento de fracaso? ¿Cómo entender a quienes usan el terror para instituir su sentido del mundo? ¿A quienes dicen morir por su país en un acto que para otros parece no tener razón? ¿Cómo comprender el sufrimiento en una época en que el concepto queda mudo y la verdad carente de razón se torna realidad concreta?² ¿Cómo pensar sin sucumbir a la tentación de suavizar con un fácil discurso pastoral ese furor –*ódr*– que desde tiempos antiguos designa tanto a la embriaguez homicida como a la justicia divina?³

La síntesis del afuera

La violencia cumple el papel de función sintética de los comportamientos humanos, anudándolos no por la vía del adentro sino por la vía del afuera, del exceso y la desmesura. La violencia es la negación de la introspección, pues sus caminos son los del éxtasis y la *extrospección*, invitando al sujeto a desplazar el centro de gravedad de su yo hacia un punto extremo de las posibilidades humanas, donde la emer-

2. "El sufrimiento, cuando se convierte en concepto, queda mudo y estéril": ADORNO, T. *Teoría estética*, Madrid, Taurus, 1980, 33.

3. El nombre de Odín proviene de la raíz *ódr*, que significa a la vez furor e inspiración poética. En el Apocalipsis se habla del vino del furor –*oinos tou thymou*– para designar a la vez la cólera de Dios y su juicio (14,10; 16,19; 19,15).

gencia del furor modifica el destino de nuestros pactos y la frontera de nuestras angustias.

La violencia es la forma que asume en las sociedades contemporáneas el rito arcaico de la inversión de roles, como si de esta manera se reemplazara a las viejas saturnales en la empresa de refutar de tanto en tanto la solidez del fundamento. De allí su condición de ola mimética y contagiosa, flujo de actuación que en principio se muestra extraño al movimiento del pensamiento. Pero es allí, frente a ese relámpago que nos niega, frente a las vivencias cruzadas de la embriaguez y la muerte, cuando aparece la necesidad de pensar aquello que nos confronta, aquello que sucede más allá de nuestras pretensiones de construir un mundo pacífico y tolerante.

Porque pensar es volcarse a los abismos de la palabra, al absurdo de las ideas, al límite de la representación, al patetismo del cuerpo y a la fascinación del territorio. Pensar es balancearnos sobre el abismo, acercándonos, así sea de lejos, a la frondosidad de los vegetales. Es saber de nuestros tatuajes, de la contradicción radical que nos constituye. Es saber que la violencia es efectiva: Un efectivo método de socialización; una forma rápida de acumulación; una vía para obtener poder y respeto. Es entender que la violencia es un operador de unidad al que recurren insignes caudillos para afianzar el imaginario de sus pueblos. Es entender que la crisis de las drogas nos revela la terquedad de la embriaguez para dejarse domar por la voluntad. Que la creciente heteronomía del mercado y del consumo nos obligan a repensar desde sus raíces los dogmas del cristianismo y el clásico paradigma de la sobriedad y el auto-dominio.

Como la tarea del pensamiento es dar cuenta de los flujos, a la

vez comerciales y emotivos, que alientan o confrontan con su fuerza silenciosa los ideales de la cultura, no podemos dejar de lado la tarea de analizar la homología que se establece entre "droga" y "violencia", sobre todo cuando en este preciso momento algún indígena amazónico consume yagé para modificar su campo de conciencia y reiniciar su viaje por lo sagrado, mientras otro masca coca en algún paraje de la cordillera andina. Pensar sobre la realidad que nos circunda es deducir de ese acontecimiento excesivo implicaciones morales y políticas, sin olvidar que los nativos alcanzan la cima de la ecosofía emborrachando los sentidos, coqueteando con la heteronomía y fantasmagorizando su conciencia. Es confrontar el viaje del curaca con la deriva de un basuquero callejero, es preguntarnos por las disponibilidades afectivas de un "traqueto" anhelante del éxtasis monetario que produce el tráfico de cocaína, o tratar de entender la terquedad de algún trasnochado profesor de ética que sigue repitiendo con ceremonial monotonía que la libertad sólo se logra a través de una rígida dictadura de la voluntad y un martirizante ascetismo de los sentidos.

De nada sirven las ideas claras y distintas de la reflexión cartesiana, o la muy elocuente afirmación kantiana de la autonomía de la voluntad, a un país que se ve brutalmente cruzado por el mercado generado por los miles de personas que en el primer mundo ponen en entredicho, con el consumo de sustancias psicoactivas, el ideal de sujeto político y moral que la modernidad ha fomentado. Esa sí que es una tensión posmoderna, porque en el asunto de las drogas se patetiza la tan mentada fractura del sujeto, la sensorialización de la experiencia, la disolución de la voluntad y el consumismo extremo

que coquetea con la muerte. Sin embargo, al momento de pensar, estupidizados por la vergüenza y la mala conciencia, preferimos repetir lugares comunes sin entender que tenemos entre las manos la materia prima para la más radical de las reflexiones filosóficas.

A fin de no morir bajo el impacto que pueda producirnos esta escena tenemos la posibilidad del pensamiento, de generar sentido estableciendo con el recurso de los signos una distancia precaria pero necesaria entre el vacío y la máscara. Pensar, en Colombia, es "tactear" con signos la proximidad que nos perjudica. Es alentar una secreta ternura mientras escarbamos en nuestro propio vacío. Es saber de ese otro que al avergonzarnos determina nuestra identidad. De ese otro que nos persigue y agobia, que nos deshace y atesta, que nos complace y contraría al hacernos responder por sus crímenes y cargarnos con una responsabilidad que no es la nuestra. Es coquetear con la enajenación radical. Es saber de aquello que nos permite ser apenas un singular provisional y un simulacro de unidad. Es saber de lo que nos hiere, nos cansa y nos persigue. Es abrirnos a la vecindad mortal que nos constituye. Pensar, en Colombia, es recorrer por la vía de los símbolos el camino que otros han trasegado en el tráfigo del terror y la piratería.

Los signos de la tierra

Si tuviésemos que hacer el inventario del patrimonio cultural que nuestro país puede ofrecer a la humanidad, tendríamos que reservar un lugar privilegiado a una tradición viva, milenaria y singular, por la que es posible destacarnos en el concierto mundial: El uso cultural y ritualizado de psicoactivos propio del ecosistema tropical. Pero aquí también perdimos

ante el mundo por un error de discurso. En vez de mostrar en un lúdico intercambio cultural que con esos mediadores cerebrales las etnias aborígenes refuerzan sus aprendizajes sociales, alcanzando una equilibrada convivencia por la vía de la borrachera y el exceso, quedamos atrapados en la definición negativa de la sustancia psicoactiva, olvidando que desde los orígenes griegos "droga" *-pharmakón-* es entendida a la vez como "remedio" y "veneno", llave de doble uso que bien puede abrir puertas o cerrarlas, mostrando en uno u otro caso no tanto los problemas de la sustancia en sí como la delicadeza o la torpeza de nuestros universos simbólicos, hábitos y creencias.

Como el niño Dionisos, en la mitología griega, parece que nuestro papel ha sido ofrecer al mundo el espejo que refleja no tanto la unidad como la fractura de la modernidad americana y europea. La "droga" actúa como analizador que permite descubrir molestias espirituales y angustias relacionadas con la vivencia del tiempo, pudiendo verse a través de su uso las entrañas de la cultura, de la misma manera que el arúspice podía ver en las vísceras de las víctimas sacrificadas los signos de lo que había pasado y de lo que estaba por venir. Pero temerosos de ocupar el lugar del sacerdote, terminamos ocupando el lugar de la víctima. Incapaces de asumir con entereza nuestra función iniciática, terminamos ayudando a los titanes que nos descuartizan y calcinan.

En un momento en que las mentes más lúcidas de Asia, América y Europa, se abren a los vaivenes de la heteronomía, al cultivo de las fuerzas ambientales que permiten encontrar en el extravío las fuentes de la sabiduría, lo único que se le ocurre a nuestros dirigentes es importar sartenadas de pa-

labras agotadas, para calificar de bárbaras expresiones del demonio esas cogniciones afectivas que a la usanza posmoderna se afianzan fracturando el yo y tentando la incertidumbre. Y como al aprendiz de brujo, que no sabe utilizar a su favor las fuerzas desatadas de la naturaleza, también a nosotros lo que era nuestra ventaja comparativa se nos devuelve como caricatura sangrienta bajo la forma de un mercado mundial de psicoactivos que arrasa con los hombres y la tierra, mostrando de manera grotesca en los actos de las burguesías emergentes lo que hace rato sabíamos en silencio de nuestros propios dirigentes: Que su alma tiene el tamaño que les permiten sus negocios de exportación.

Mientras otros ganan dinero o acumulan poder al ubicarse en alguno de los bandos, la única ganancia que tenemos los ciudadanos es la del estigma. Aunque pudiéramos actuar como simientes de cultura, estamos en interdicción acusados de ser los narcotraficantes del planeta. Lo que hacía parte de nuestra ecología social y tropical es ahora mediador de nuestra destrucción. Alrededor del comercio de la planta sagrada grupos armados de todos los cuños imponen a su amaño una ley que nada tiene que ver con la Constitución vigente, cobrando tributos e impartiendo justicia a los campesinos que se entregan al monocultivo de la coca con la esperanza de redimirse de los dolores que les dejaron viejas violencias, creyendo poder cristalizar con la nueva bonanza las ilusiones que el menú capitalista les ha vendido. Ubicados en el vértice del más grave conflicto espiritual del mundo contemporáneo *-la problemática de las drogas-*, hemos delegado en espías y demagogos la responsabilidad de pensarlo y de diseñar estrategias de afronta-

miento. De allí que a más padecer la arrogancia armada de narcotraficantes, narcoguerrilleros y narcoparamilitares, estemos ahora sub júdice por cuenta de jueces y militares que se han vuelto adictos a las ayudas internacionales destinadas a perpetuar la guerra, pues en medio de su ceguera confunden la verdad con los aplausos que les ofrecen las burocracias patrocinadoras.

No hemos sido capaces de asumir con grandeza el reto que se nos impone. Hemos cedido a las cruzadas de los Savonarolas que quieren purificarnos a fuego lento de la plaga contaminadora, mientras los monopolios se siguen beneficiando en secreto de la más neoliberal de todas las formas de enriquecimiento: La de los pragmáticos empresarios que comercializan el deseo humano convertido en fugaz aspirada, traba o "golpe en el coco". Si somos honrados, capaces de ubicarnos más allá de los coros provincianos de mutuas alabanzas, habremos de reconocer que somos un pueblo con mala conciencia: Se evidencia en nuestro rostro la huella del pecado. Nos avergonzamos de nuestros gestos y recurrimos a la boutique de la cultura para disfrazar nuestra indigencia. Tenemos conciencia de testaferrato. Importadores de discursos que nos quedan como traje prestado que afea nuestra silueta y entorpece nuestros movimientos.

Temerosos de acceder a la palabra que nuestra singularidad impone, brillamos por nuestra mudez, por una insuperable capacidad de repetir los discursos que otros nos construyen. Somos un país que teme mirar su propio rostro. País encantado con la fuerza autoritaria. País que no ha sabido pensar en que consiste la geopolítica de las drogas, ni lo que implica en el concierto mundial ser el primer exportador de alucinaciones

del planeta. País que no se atreve a buscar conocimiento en el desborde de sus excesos comerciales y sangrientos. País que teme abrirse a su fuerza contextual, para alcanzar esa certeza que sólo ostenta quien mantiene fidelidad a la oscuridad que lo alienta y constituye. Pues aquello que marca al pensador arañándolo con su huella no es la historia impersonal de las ideas, ni las similitudes que le permiten decir jubiloso que pertenece a una tribu intelectual o comunidad científica, sino las diferencias que lo tornan irreductible a la universalidad del pensamiento, que lo condenan a escarbar los signos en la más espantosa soledad.

Para abrirnos a esas distancias que hieren al alma y acosan los sentidos es preciso superar la falsa conciencia, haciendo coincidir los rastros del crimen y del tráfico con los signos del pensamiento. De nada sirven los discursos que nos hablan de estrategias anticorrupción o modelos de desarrollo económico, de amaneceres culturales o remozados proyectos de nación, si no se abren al lado oscuro de las realidades que nos constituyen. Unid una filosofía de la muerte a una filosofía del viaje alucinado y encontrareis los ejes energéticos para señalarle un derrotero a esta nación en extravío. Tematicemos a la vez el asunto del poder y del deseo, pues correspondió a este recodo de Occidente, a este suburbio del imperio cristiano, dar respuesta a dos problemas que tensionan sin cesar a la sociedad contemporánea: La relación del poder con el ejercicio de las armas y la irrupción de la alucinación en la intimidad de un sujeto que se había declarado libre, racional y autónomo.

Sólo seremos algo cuando nuestro trazo simbólico recupere los caminos de la codicia y de la muerte, para enunciar desde allí

un proyecto cultural que sirva como esbozo estético para una humanidad recién enriquecida que perdió su brújula espiritual y marcha a la deriva. Pensar, en Colombia, es asumir a Occidente como revulsivo, abriéndonos sin tutela académica a la tradición que nos constituye, para picotearla como ave carroñera que toma de ella sólo aquello que necesita para su sobrevivencia. Es dejar de rendir culto a los "ismos" y a los autores, a las historias de las ideas, a las intervenciones eruditas que no se tocan de la brutalidad que nos sacude.

Somos Occidente sin colchones de amortiguación. Mala copia de Europa que tampoco puede reivindicar como propia la cultura indígena que como criollos ayudamos a someter y de cuya expoliación nos beneficiamos. Descen-

dientes de aventureros, taladores de bosques y saqueadores de tumbas, la única grandeza que nos queda es mirar de frente nuestro horror constitutivo.

Nuestro destino, como el de todos los pueblos periféricos, podría ser en el mejor de los casos conquistar simbólicamente a quienes nos dominan. Pero eso no lo lograremos deformándonos para ser reconocidos por un otro que sólo nos concibe en tanto impone su discurso y nos obliga a inventarnos según su propio imaginario. Una especie de mudez y de sordera en nuestra relación con las legiones de burócratas internacionales vendría bien como parte de una propuesta salvajizadora. Quizá entonces logremos impactar a los extranjeros con nuestro pensamiento tanto como los impactamos con el tráfico de cocaína Ψ

